

LA TENTACION "MONISTA"

ALGUNOS temas científicos y tecnológicos, y casi desde el principio de la "occidentalidad" —que tal vez pueda fijarse en los bellos días de la Grecia presocrática—, están siempre condicionados por la sospecha ética. ¿Es lícito hacer todo lo que puede hacerse?

Hace unos años, en la Universidad John Hopkin's, de Baltimore, conversé largamente con el profesor Owsei Temkin, un veterano, clarividente y fino historiador de la Medicina. Me contó, entre otras muchas cosas, la ya vieja y terrible historia de los médicos alejandrinos Heráclides y Erasistrato (que no era el filósofo), unos doctos y honrados caballeros que no tuvieron empacho alguno al hacer disecciones anatómicas en los cuerpos, vivos, de algunos condenados a muerte. Temkin me hizo ver que, para explicarse aquella barbaridad, no es necesario apelar al sentido de la conciencia que pudo haber sido común en aquellos tiempos. Basta con aceptar un hecho actual y aterrador: en el propio talante científico, empeñado estrictamente en la búsqueda de la verdad, hay una inequívoca llama

ada a la libertad sin barreras. La duda metódica es consustancial con la actividad científica, pero la duda ética es un añadido anecdótico. Procede de otros ámbitos, de la educación religiosa en buena parte, del desarrollo del Derecho en algunas instancias, de la fe poskantiana en aquel "imperativo categórico" que antiguamente nos explicaban en la escuela.

Ahora, estos días, la sospecha acude a nuestra mesa a través de la vasta información del mundo. No está tan claro que el crecimiento de la tecnología nuclear deba ser desprovisto de frenos; nos parece mal que se hagan experimentos con fetos humanos vivos conseguidos por abortos; se pone en tela de juicio la técnica de los "placebos" para determinar la eficacia de una nueva droga; se discute hondamente la validez de la eutanasia; se teme que la informática llegue a sustituir con ventaja a la Policía; hay que pegarse por la calle para discutir el aborto mismo; nos preocupan los cada día más sutiles conocimientos genéticos. Y, sin embargo, la tendencia es universal: una buena parte de nuestro



Ernst Heinrich Haeckel.

mundo trata de aniquilar las dudas imaginando la historia humana como una infinita y formidable llanura sobre la cual tenemos el derecho y la obligación de cabalgar, pase lo que pase.

Pero tengo la impresión de que el debate no es moral: es político, en el mejor sentido de la palabra. Se trata, me parece, de que la sociedad misma, nosotros, los legos, hemos de conseguir que los científicos y los administradores de la ciencia nos permitan parti-

cipar en las decisiones que nos atañen, tengamos o no razones suficientes y saberes bastantes para juzgar. Son estas cosas las que me han recordado a los "monistas".

La que fue llamada Alianza Monista nació en Alemania alrededor de 1860 y su influencia se extendió hasta los años de la guerra europea, por lo menos. En principio, fue un movimiento darwinista, pero sus apóstoles derivaron inmediatamente hacia un evangelio reformador, social, de gran amplitud. Liberales en su base, los monistas trataron de difundir en toda Europa un credo progresista muy extenso, que abarcaba desde una profunda revolución agraria e industrial hasta la legalización total del aborto, la eutanasia, la enseñanza escolar laica y la dignificación de la mujer. Creían en la unidad básica del mundo: cada fenómeno natural no era sino parte de una operación fundamental. Entendían que la ciencia —como yo mismo creo y he dicho un poco más arriba— es "propiedad de todos". Divulgaron difíciles conceptos científicos, que en buena parte llegaron a ser patrimonio cultural de la clase media alemana y británica, aunque en Gran Bretaña su influencia fue paralela a la ejercida por los brillantes Fabianos. Eran pacifistas y se esforzaron por denunciar ante su país, ya en la década de los veinte, el peligro creciente del nacionalsocialismo. También eran gente de gran categoría intelectual. Yo sólo he leído dos textos fundamentales del "monismo": "Fuerza y Materia", de Ludwig Büchner, y "Enigmas del Universo", del gran Ernst Haeckel; ambos dan testimonio de una actitud noble y profunda ante los hombres y las cosas. Ya ven ustedes, pues, que podríamos contar con los "monistas" hoy para apoyar históricamente todos los afanes de liberación y crecimiento de nuestro país.

Pero el destino de las ideas monistas iba a ser muy otro. En 1933, el nacionalsocialismo había destruido el espíritu liberal de la clase media alemana y de grandes sectores de la clase obrera. La Alianza Monista se disolvió, en un acto de dignidad suicida. Pero bastó esa muerte para que los propios nacionalsocialistas

La filosofía de la biología

EL título de esta nota es el de un buen libro de Michael Ruse, recién publicado en castellano. No sé a quiénes interesará más, si a los biólogos o a los filósofos, aunque tengo la impresión de que éstos lo necesitan más que aquéllos. El propio autor dice que entre ambas sectas científicas hay una "tierra de nadie", a veces, en realidad, una trinchera infranqueable en cuyo fondo se mueven los bichos de la suspicacia y la ignorancia. "Los filósofos —dice— construyen castillos sin base científica, mientras los biólogos luchan en batallas que los filósofos ganaron hace más de veinte años". Ya ven ustedes, pues, que se trata, una vez más, de aquellas "dos culturas" del cuento; Michael Ruse hace lo posible por tender un puente más entre las dos orillas de la zanja.

¿Qué será "filosofar sobre la Biología"? Parece, según Ruse, que no resulta tan difícil decidir lo que es "filosofar sobre la Física y la Química" o, desde luego, sobre las Matemáticas, que son en sí mismas la mera Filosofía. Las ciencias físicas contienen enunciados de dos tipos: postulados apriorísticos, necesariamente ciertos, y enunciados empíricos, comprobables. Las técnicas filosóficas se acomodan bien a ese esquema. Pero con la Biología ocurre algo bien distinto. En primer lu-

gar, no es posible postular enunciados apriorísticos: no hay principios teóricos indiscutibles. La Física se ocupa de entidades teóricas, no directamente observables (moléculas, funciones...), pero la Biología deambula por un mundo en el que se observa todo. Es, pues —al menos esencialmente—, una ciencia inductiva.

Con esa idea como eje, Ruse ha recorrido una ruta de hallazgos biológicos concretos para inducir principios: la genética mendeliana, la genética de las poblaciones, la teoría de la evolución... Con una intención que, desde luego, no oculta a lo largo de las páginas: contribuir a la desaparición de la Biología como disciplina autónoma, en contra de los "organicistas", que tratan de mantener alzados los muros.

Es un libro difícil, porque nadie ha inventado todavía la manera de hablar y de escribir con la precisión y sencillez como se piensa. Y es un libro para especialistas, aunque no se sabe bien para qué especialistas. A mí me parece que los filósofos, que deberían ser los lectores más apasionados, no conocen este lenguaje. Pero siempre puede ocurrir que lo entiendan los biólogos y consigan, así, un instrumento que les sirva para filosofar. ■



La deshumanización técnica no era más que un acto de fe en la estupidez del "progreso indefinido". En la foto, cadáveres en el campo de concentración de Buchenwald.

cialistas desenterraron el cadáver. Los periódicos del partido encontraron en la filosofía monista muchas cosas que, convenientemente barnizadas, sostenían el aparato científico-político del nazismo. Lo primero, la utilización política de la Biología, detrás de la cual estaba el racismo. Y, sobre todo, la torpe idea de que, en un futuro formidable, una selecta minoría de sabios regiría los destinos del mundo.

A los monistas de verdad les



Alfred Rosenberg urdió su filosofía del racismo construyendo un edificio folletinesco sobre una noble teoría científica: el evolucionismo. Todo es cuestión de manipular las palabras. Luego es fácil encender el horno crematorio.

sonaba esto como una injuria, pero no podían ocultar su lejana paternidad. Uno de ellos, el Premio Nobel Carl Von Ossietzky, terminó en un campo de concentración por tratar de desenmascarar a los hitlerianos. Otros huyeron. Pero la idea fatua y peligrosa del "cientifismo político" alentaba ya la ambición y los sueños alemanes y ya no había quien detuviera el proceso. Los

genocidios no eran más que formas de la ciencia genética. El exterminio de los débiles no era más que un rito en honor de un presunto Darwin. La deshumanización técnica no era más que un acto de fe en la estupidez del "proceso indefinido". Y la clase media —que sostuvo a Hitler— había sido impregnada de estas ideas, de manera peligrosamente elemental, por los pobres monistas bienpensantes. Nada de cuanto ocurrió en aquella Alemania resulta más aterrador que la facilidad con que una gran parte —la mayor parte— de los científicos aceptaron el nacionalsocialismo sin un pestaño de duda: el tirano les había dado, como en otro tiempo dio un sátrapa alejandrino a Heráclides y Erasistrato, la necesaria licencia.

No hace falta darle al asunto muchas vueltas para advertir que, hoy mismo, las ideas "monistas" están sirviendo para algo más que una enternecedora exigencia de justicia. En algún lugar lejano, sabios aislados se van convirtiendo en "armeros de los políticos", como dijo en una ocasión memorable Oppenheimer, uno de los que fueron capaces de huir. Un idealismo burgués, que predica la adoración a los ídolos electrónicos, sirve de caldo de cultivo a la petulancia y todo empieza a ser posible. Naturalmente, es impopular resistirse a la oleada. Si alguien levantara la voz para decir estas cosas cuando en un semanario escandaloso se publica un artículo sobre la eutanasia o las hermosuras de la etología, sería tachado inmediatamente de reaccionario, porque es imposible resumir en un mitin la sabiduría de los siglos y porque se vive una especie de calambre colectivo, de chispazo orgiástico.

Aquí en nuestra casa estos problemas se viven de otra manera. El empujón, vanidoso y eficaz, viene de otros lugares, especialmente de los Estados Unidos

en lo que más gravemente nos ataña. Se trata de un dogmatismo popularizado, que nos llega a través de los acontecimientos científicos reales en muy pequeña proporción. El "gran mensaje" es más barato. Nos cae encima desde las "series" de televisión, las novelitas y las noticias sensacionales que recogen y difunden las agencias en un incesante refrito. Es muy posible que esté ocurriendo igual en el ámbito de influencia de la Unión Soviética, pero eso —que, además, debe ser cuidadosamente matizado— nos pilla de refilón. Por el momento, somos "americanos", aunque militemos oficialmente en una División Regional. Y ese "americanismo" científico y tecnológico, evidentemente dañino en el mundo terrenal del dinero, lo es aún más en el menos terrenal del pensamiento. La predicación cientifista es autoritaria, y ese fue el error de los monistas. Nos está ocurriendo lo mismo con la limosna que recibimos de los Brahmanes americanos; se trata de convencernos de que sólo la ciencia y la tecnología abren los caminos de la libertad. De ese dogma, insufrible como todos los dogmas, nace el "síndrome de Frankenstein", que está dejando sin defensas a los mandarines. Se acaba en el totalitarismo. Se sustituye un dios por otro. Se llega a aceptar que los problemas sociales y culturales no tienen más solución que la arbitrada en los laboratorios. Y se desestima el peligro.

Hace unos años, en abril de 1976 exactamente, se celebró un

simposio sobre el tema en Nueva York, bajo los auspicios del Instituto de Estudios Sociales, Ética y Ciencias de la Vida, una entidad privada de la que, por algún tiempo, yo fui el único miembro español. Se intentó, durante los debates, determinar hasta qué punto nos estamos acercando hoy a las posiciones que dieron lugar al entendimiento nazi de la ciencia. Y, en verdad, los datos que se manejaron fueron molestos. La esterilización humana, ciertos experimentos médicos y veterinarios, la manipulación genética y otras cosas parecidas (aquellos alemanes recogían ese mundo de audacias románticas y sucias bajo la petulante expresión de "Vernichtung lebensunwerten Lebens"), son hoy justificadas en nombre de principios que "suenan" a "libertarios". Nunca se me olvidará, por ejemplo, un chiste que leí en una revista inglesa al respecto: una señorita londinense, muy elegante, comentaba con una amiga: "Yo tomo pastillas anticonceptivas porque no quiero que pasen hambre los niños de la India".

Creo que podría terminar esta breve alarma con una cita de Leo Alexander que se utilizó en aquel simposio: Prescindiendo de las proporciones finales que alcanzaron los crímenes nazis, les resulta evidente a todos los que investigan el tema que el proceso dio comienzo muy humildemente. Vamos a ver si desacralizamos el "progreso", no sea que terminemos de mala manera por excedernos en el optimismo monista. ■

ARCHIVO

A partir de hoy dedicaremos uno de nuestros rincones a "fichar" las publicaciones de información y divulgación técnica y científica que se publican en España. Sólo en algún caso excepcional mencionaremos las revistas estrictamente profesionales, cuya finalidad, estilo y lenguaje son, naturalmente, distintos.

"Iberica. Actualidad Científica"

Es, seguramente, la más antigua de las publicaciones españolas de este carácter: se fundó en 1913 y en ésta su "tercera época" ha editado ya 207 números. La hacen los jesuitas, lo que condiciona notoriamente su filosofía. Su director es el padre Pascual Balañer. Prescindiendo de sus inevitables y respetables criterios, es una revista eficaz, interesante y seria. En su último número inserta un "Índice" de 1979

que da testimonio de su utilidad informativa. Buenos artículos magistrales, a veces excesivamente técnicos. Sus noticiarios son más débiles. De su último número destacaríamos un artículo del químico Miguel Paraira sobre "Espectrometría de masas". ■

